



CARLOS SISÍ
ROJO

minotauro

CARLOS SISÍ

ROJO

LIBRO PRIMERO

minotauro

© Carlos Sisí, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona

Diseño de interior e ilustraciones, Carlos Ruiz
De las tipografías utilizadas en recursos de interior:
© Typodermic Fonts Inc. / © Nathan Rutzky

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0622-1
Depósito legal: B. 3.721-2019
Fotocomposición: dâctilos

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Rojo



1

Puede que, al decir de muchos, Hillsdale (Nueva Jersey) no fuera el mejor lugar para vivir sobre la faz de la tierra, pero para Peter Burough no había un sitio mejor. Si había alguien que hubiese amado con todo su corazón el suelo que pisaba por la mañana al levantarse y por la noche al acostarse, ese era Peter.

No había viajado mucho, ni le había hecho falta; muy poco al norte, hasta Grand Rapids, y algo hacia el este, hasta Canton, pero desde luego no se había desplazado hacia el sur, y rara vez hacia el oeste. El trayecto más largo que había hecho jamás, por motivos estrictamente laborales, fue hasta Detroit, donde la decadencia y el abandono de las calles le pusieron enfermo. Detroit pudo haber sido la ciudad del motor y uno de los emblemas de la economía americana en una época, pero ahora era una sombra lánguida y amargada de lo que fue, con calles llenas de bandas, delincuentes y lacras sociales, y eso le disgustaba enormemente. No había respeto en la mirada de los jóvenes, y muy poca amabilidad en la de los adultos. Peter era *sheriff* y lucía su uniforme con orgullo; era algo que respetaba y que cuidaba con esmero cada día, después del trabajo, limpiando su chaqueta marrón con un cepillo y mucha diligencia, porque cosas como un uniforme de *sheriff* requerían respeto. La autoridad significaba algo, y era importante. Hillsdale era diferente en todos los sentidos: no era solo que la renta media por familia fuese de algo más de noventa mil dólares anuales, sino que Peter podía pasear con su coche por la avenida principal y recibir saludos educados y discretos que solían hacerse con un pequeño movimiento de cabeza. Podía entrar en un bar y percibir un silencio respetuoso que le hacía sentir que todo marchaba bien, porque un país que ha olvidado el respeto por la autoridad está abocado a la desgracia.

Peter llamaba hogar al pequeño edificio marrón del 165 de la calle Fayette, la comisaría local, más que a su propia casa. Era un edificio no muy agraciado, de ángulos rectos, pero rodeado de árboles lozanos y frondosos. Uno podía plantarse allí y olvidar la fealdad del edificio en favor del fresco verdor de toda la vegetación que rodeaba cada carretera que partía de aquel punto. En verano, los chicos solían jugar al béisbol en el espacioso aparcamiento, y Peter dejaba la ventana abierta para escuchar sus risas y sus disputas, y los cotilleos con los que a veces se enredaban; casi siempre chismes como quién le había metido la lengua a quién, pero otras veces eran historias sobre escapadas nocturnas al bosque y lugares donde hacer cosas que un adulto no aprobaría, y esos asuntos eran interesantes para Peter: había que saber en qué andaba la juventud, y sobre todo, por dónde andaba.

Pero no lo hacía solo por interés profesional. Lo cierto es que no había nada más hermoso que unos jóvenes y saludables americanos jugando al deporte nacional una tarde de verano. Sus voces llegaban a través de la ventana junto con la brisa de la tarde, y el olor de los álamos y los robles traía una fragancia inequívoca de la época. Peter sorbía entonces café en la taza de GRAN JEFE que le regalaron los muchachos la Navidad del año anterior y se sentía... bueno, se sentía feliz.

La gente, por lo general, tiene una tolerancia curiosa a la rutina. Se puede soportar una cierta cantidad de rutina del tipo que proporciona un determinado ritmo de vida, como ver una serie en Netflix al final del día, o tomar ciruelas en junio, o dar un paseo al caer la tarde una o dos veces por semana. Pero el exceso de rutina destruye más que construye, la mayor parte de las veces. Peter tenía una vida ordenada y amaba sus protocolos diarios casi tanto como amaba la propia Hillsdale. Se levantaba a la misma hora y se aseaba, desayunaba y se vestía todos los días igual y empleando la misma cantidad de tiempo. Luego conducía hasta la oficina y trazaba el plan de la jornada, que casi siempre consistía en organizar reuniones con los distintos equipos y, la mayor parte del tiempo, en preparar cosas como programas preventivos para las escuelas. Rara vez tenían que ocuparse de algo tan sórdido y desagradable como un asesinato o una violación, pero sí de pequeños robos, y hacían rondas en patrulla para localizar fugitivos de otros estados. A pesar de ello, Peter comía siempre a la misma hora y se iba a casa exactamente dos horas después del final de su jornada laboral. Los últimos momentos en la comisaría eran sus favoritos, porque tenía tiempo para ordenar el papeleo

en pulcros montones con una docena de pequeñas notas anexas escritas en papeles adhesivos de colores, clasificados en carpetas de cartón duro. Y a las tres y cuarto de la tarde, hiciese frío o calor, encontraba la manera de salir al aparcamiento para fumar un único cigarrillo diario; era su compromiso personal entre sus apetencias y las órdenes del médico.

La noche del 9 de diciembre de aquel año, sin embargo, Peter Brough tuvo un encuentro inesperado. Conducía, ya de noche, por la avenida Buena Vista y doblaba a la izquierda hacia Demarest cuando se topó con cuatro individuos parados en mitad de la carretera. Los focos iluminaron sus ropas: tres de ellos llevaban uniforme militar.

—Qué demonios —masculló mientras aminoraba la marcha.

Detuvo el coche a unos cuantos metros y ajustó el haz de luz para tratar de verles la cara, pero para ello debería haberse detenido mucho antes: la ropa parecía encendida por una luminosidad sobrenatural, pero sus facciones permanecían en penumbra.

Peter no pensó ni por un instante que fueran soldados de verdad. ¿Soldados en Hillsdale? Un disparate. Era mucho más probable que fueran cazadores, o algún grupo aficionado a la parafernalia militar en alguna quedada de SALVEMOS AMÉRICA. O puede que fueran Bob, Frank y los otros chicos con alguno de sus juegos en vivo cuyas instrucciones y normativa se habían descargado de internet. Sí, seguro que eran Bob y los demás.

Se bajó del coche sin considerar siquiera avisar a la central, pero los hombres no se movieron.

—Buenas noches —dijo dubitativo. La verdad es que ninguno de ellos parecía Bob, o Frank. La barriga de Bob era inconfundible, y también el semiarco que describían los hombros vencidos de Frank, y aquellos tipos tenían la constitución, el aspecto y la envergadura de los soldados de verdad. ¿Y dónde estaba el otro tipo de la barba que siempre iba con ellos, ese que parecía (y probablemente era) idiota?

No hubo respuesta.

Peter se esforzó por verles las caras. La maldita calle contaba con una iluminación rudimentaria, amarillenta y casi febril; una calle residencial con casas de seiscientos mil dólares, jardín delantero y trasero y televisión por cable preinstalada. Peter recordaba que hubo quejas por parte de los vecinos de que las farolas alumbraban demasiado y la luz se filtraba por las ventanas impidiéndoles dormir.

Bizqueó y se dio por vencido.

—Caballeros, están... bloqueando la carretera. ¿Pueden echarse a un lado?

Ninguna respuesta.

Peter gruñó. Era con exactitud esa falta de respeto la que le ponía los nervios de punta.

—Hola. ¿Me oyen? Están en mitad de la calzada. Por favor, échense a un lado.

«Borrachos —se dijo—. Son borrachos en un barrio residencial y no recuerdan cómo llegar a donde quiera que dejaron el puñetero coche. Y van a darme la noche.»

Pensó en avisar a la central. Era lo más sensato, desde luego, y lo que decía el manual. Ni siquiera podía recordar cuántas veces les había recordado a los agentes noveles que debían avisar de inmediato a la central en situaciones inusuales y en inferioridad numérica. Pero él era el *sheriff*. Si eran cuatro idiotas, y además ebrios, quedaría como un novato.

—Se lo he advertido con amabilidad —exclamó entonces empleando un tono de voz más rudo—. Si pueden entenderme, por favor, respondan ahora.

Pero tampoco entonces hubo respuesta.

Peter empezaba a perder la paciencia. Miró brevemente el interior del coche y echó un vistazo a la radio, pero a continuación cerró la puerta con firmeza. Era el *sheriff* del condado de Hillsdale, por el amor de Dios. Puso la mano en la funda de su pistola reglamentaria y empezó a caminar hacia ellos.

—Por favor, ¿pueden identificarse? —dijo.

Los hombres no se movieron. Uno de ellos miraba absorto las luces del coche, como fascinado por su intensidad. Se mantenían de pie, con los brazos extendidos hacia abajo y la cabeza ligeramente agachada. Peter pudo ver entonces sus rasgos. No, no los había visto nunca, pero eran rostros jóvenes sin ninguna marca o característica que los hiciera especiales, y él tampoco conocía a todo el mundo en Hillsdale, que contaba con una población de casi catorce mil personas.

Eran...

«Eso es sangre», se dijo entonces, y se detuvo.

Uno de ellos tenía sangre en las manos. O algo muy parecido a la sangre. Aunque también podía ser barro. O grasa de motor.

«Por favor, que sea grasa de motor —se oyó a sí mismo suplicar—. Que sea grasa del vehículo que tienen aparcado dos calles más allá, que

les ha dejado tirados, y estén buscando un taller o un teléfono porque sus móviles, TODOS SUS MÓVILES, se han quedado sin puta batería.»

Uno de los hombres, el más alto, inclinó ligeramente la cabeza. A Peter no le gustó. No le gustaron ni su mirada ni el gesto. Pensó en decir algo, pero no encontró nada coherente que añadir, y de pronto se descubrió pensando que, tal vez, avisar a la central no habría sido tan mala idea. Espió brevemente el interior del coche, a través de la ventanilla cerrada, y vislumbró apenas la forma oscura de la radio. Tal vez aún pudiera...

El Hombre Alto empezó a andar hacia él.

Hay un tipo de miedo que se ve venir desde lejos. Llega, como una ola en una playa apacible, y estalla en un torrente de espuma blanca, como la sensación que se tiene cuando el carrito de la montaña rusa alcanza el cénit, antes de empezar a caer. Peter sintió ese *crescendo* alumbrando en su interior, una luz amarilla en una noche de brea y cieno. Las piernas parecían ancladas al suelo. Cuántas veces se había enfrentado a una situación como aquella, ni lo sabía, pero debían de haber sido más de un centenar, con seguridad. Pero el Hombre Alto tenía los ojos clavados en él y avanzaba resuelto, como si supiera no solo lo que iba a hacer, sino que estaba seguro de que iba a hacerlo, estuviera Peter armado o no.

La mano del *sheriff* se movió temblorosa en la funda de la pistola, sin acertar a abrir la lengüeta.

—Detén... Deténgase, ¿quiere?

Su voz sonó extraña en la penumbra de la calle, quizá demasiado silenciosa incluso para un barrio como aquel. La mayoría de los vecinos tenían perros, y solían ladrar cuando alguien se detenía durante más de un segundo. Sin embargo, el silencio parecía más pesado que un kilo de puré de patatas, denso como un caluroso día de agosto, y casi tan asfixiante.

«Por el amor de Dios, deténgase. De-tén-ga-se.»

El Hombre Alto llegó hasta Peter y lo cogió de la muñeca izquierda, tiró de su brazo sin encontrar apenas resistencia y colocó su otra mano sobre la cara perpleja del *sheriff* para inclinarla hacia el lado opuesto. Peter protestó, o tal vez creyó que protestaba, pero lo siguiente que supo fue que tenía la boca del hombre sobre su cuello.

Notó un chasquido orgánico.

Peter se estremeció. Las piernas le bailaron como recorridas por una descarga, y sus esfínteres se soltaron. La sangre manó abundante

hacia y alrededor de la boca del Hombre Alto, firmemente apretada contra el cuello del policía. Se deslizó en un creciente caudal hacia abajo, por el cuello del *sberiff*, manchando su impoluta chaqueta marrón y su corbata gris.

«Es una falta de respeto —pensó Peter confusamente mientras se deslizaba por un túnel oscuro hacia la inconsciencia—. Una falta de respeto.»

Y había perros, sí, pero todos se escondían bajo los andamios de las casas, tras las perreras de madera exquisitamente ornamentadas, entre los troncos dispuestos junto a las puertas traseras que habrían alimentado todos aquellos hogares si nada hubiese cambiado para siempre.

Pero todo cambió.

2

Mike Holic estaba cabreado. No enfadado, cabreado. Lo sentía en la efervescencia de los testículos y en los nudillos de las manos, ligeramente enrojecidos. Y desde luego lo sentía en las ganas de estampar los puños en la cara del primer idiota que lo mirara torcido en las próximas dos horas. Eso era un cabreo, del tipo que solo te sobreviene cuando has estado bebiendo toda la noche, ahogando el volcán de la testosterona masculina en unos cuantos... Muchos. Litros de alcohol.

¿Cuántas veces le había dicho al gilipollas del almacén que para las entregas en la base Orestes hacía falta el puto papel azul de mierda? Mil veces. Tres mil quinientos millones de veces. Se lo había recordado tanto que le dolía la boca de decirlo. Jesús, si se lo llega a decir también aquella mañana, se le habría descoyuntado la mandíbula.

«¡El papel azul, joder! —decía siempre—. Los putos soldados de la puerta no te dejan pasar sin el papel azul con el sello y los datos del proveedor. No el papel amarillo que le sirve a Joe, el de la farmacia, y a Betty, la del hostel donde medio Hillsdale recibió o hizo su primera mamada. ¡El azul!, porque un maricón de comandante con más pus en la cabeza que un leproso en el culo quiere el mismo cochino papel azul todas las putas veces. Oh, y ya puedes llorar y patalear y tirarte por el suelo, que puedes coger la jodida furgoneta y volverte derecho a casa a hacerte una paja porque no te van a dejar entregar la mercancía. ¡Coño!»

Pues ahora, con la alabrada del perímetro de la base a la vista, había echado un vistazo a la carpeta... y adivinen qué, señoras y señores: el papel era amarillo. No azul. Amarillo.

El responsable del almacén quería joderlo, eso era lo que creía. Quería que hiciese los treinta kilómetros hasta la base Orestes por aquella ruta llena de polvo y piedras jodelumbagos y luego los hiciese de vuelta para recoger el puto papel azul, y otra vez al camino, para que los informes de gasto de combustible hicieran saltar una alarma en el despacho del jefe y lo sentaran en la Butaca de los Despidos. Eso era lo que quería. Oh, pero iba a tener una o dos palabras con él cuando volviese, y entre palabra y palabra puede que hiciese hablar a sus nudillos enrojecidos. Y si eso lo enviaba a la Butaca de los Despidos, pues, coño, era un trabajo de mierda de todas maneras.

Asomó la cabeza por la ventanilla y proyectó un escupitajo blan-cuzco y tibio a dos metros del camino.

«Bueno, Mike. Es demasiado tarde para dar la condenada vuelta —se dijo—, así que inténtalo una vez más. Quizá esta mañana te toque un novato que no sabe que no debe aceptar nada más que un papel azul, o quizá por una vez tengas suerte y el comandante haya sufrido un espasmo de sentido común y de repente le importe una mierda el puto color de los albaranes.»

La furgoneta renqueó por el camino, dejando un rastro de polvo que ascendía a cámara lenta como en una película de las hermanas Wachowski. En el lateral había una imagen desvaída, y no por el tiempo, sino por la cantidad de mugre que la recubría. Era un osito marrón guiñando un ojo, con las palabras SUMINISTROS SALLY escritas encima. La tipografía era tan horrible que hasta Mike, para quien buen gusto significaba desayunar un sándwich de plátano con *pepperoni* italiano, podía verlo.

Cuando se acercó a la doble verja de la entrada, con la cabina de control a la vista, se detuvo.

—¿Qué coño? —susurró

La verja estaba abierta, y no solo estaba abierta, sino que estaba caída a un lado, como si alguien la hubiera arrancado de sus rieles. Por lo demás, la cabina parecía estar en su sitio, los cristales intactos, y la barrera de seguridad bajada como la había encontrado cada vez que había visitado el lugar.

Pero no era solo la verja lo que estaba fuera de lugar. Allí no había nadie. Nadie dentro de la cabina y nadie en la puerta. Generalmente, a esas alturas ya se habría acercado un tipo con un rifle más grueso que un

brazo para darle el alto, y otros dos soldados se hubieran emplazado a la derecha del vehículo mientras el supervisor de la entrada se acercaba a su ventanilla. A veces incluso se asomaba alguien más desde la empalizada del edificio que estaba justo tras la verja con otro rifle aún más grande. Mike solo les suministraba productos de limpieza y cosas como papel higiénico un par de veces por semana, por el amor de Dios, ¿qué creían que era, un terrorista de mierda? Quinientos rollos dos veces por semana; los muchachos del Ejército de Estados Unidos podían tener a los terroristas del mundo bajo control, pero a costa de cagar como bueyes.

Escudriñó a través de la puerta abierta y vio el patio interior, tan diáfano como solitario. A esas horas solía haber mucho movimiento tras las puertas: pelotones de chicos latinos y afroamericanos engrédidos y uniformados sudando la camiseta llevando papeles de un lado a otro con una expresión de estreñimiento en el rostro. Pero no vio a nadie. La bandera americana se movía en su mástil con suavidad, mecida por un viento suave.

—Esta sí que es buena —soltó—. ¡Me cago en la puta!

Pensó durante un rato. No quería conducir simplemente hasta el interior para recibir una ráfaga de ametralladora que le reventara una o todas las ruedas, pero tampoco quería bajarse del coche. ¿Descender del vehículo antes de que hubiese presentado el puto papel azul? Ni de coña. Era lo primero que le decían siempre, y no una ni dos veces, sino cada vez que se dirigían a él: «Por favor, permanezca en el vehículo. Permanezca en el vehículo, señor». Señor esto y señor lo otro, pero si había por ahí cerca algún señor con quien hablar, él mismo dejaría de robar rollos de papel higiénico de la oficina y se limpiaría el culo con los papeles azules del archivo.

Pero lo cierto es que aquello se parecía más a un decorado de «The Walking Dead» que a otra cosa.

Ese pensamiento lo hizo estremecerse.

¿Y si habían atacado la base? ¿Y si los terroristas...?

Finalmente, tocó el claxon. El sonido grave y amortiguado de la bocina resonó por el patio vacío de la base sin que pareciera alcanzar a nadie. Después de un tiempo prudencial, tocó el claxon de nuevo, y luego lanzó una serie de bocinazos consecutivos y urgentes, pero tampoco hubo reacción ni respuesta.

Mike empezó a asustarse. ¿Cuántos soldados podía haber acuartelados en Orestes? No lo sabía con exactitud, pero calculaba que cerca de un millar, probablemente. ¿Adónde habían ido todos, entonces?

Tras los cristales de la cabina de control podía ver los monitores y los teléfonos dispuestos en la pared, redondos y pequeños como escarabajos negros, así que no habían desmantelado la base de la noche a la mañana. Y no era así como se hacían las cosas, ¿no? Alguien habría llamado para cancelar los pedidos de mil rollos semanales y las otras mierdas que llevaba en el compartimento de carga.

Por fin, Mike se decidió a salir de la furgoneta, aunque al principio lo hiciera con precaución. Era una mañana cálida, por cierto, así que el sol se apresuró a calentarle la piel. Pero eso era cuanto había de agradabilidad en lo que veía: la visión de la base, siempre tan bulliciosa, tenía un no sé qué sobrenatural que le estaba haciendo olvidarse de sus hinchados testículos, del responsable del almacén y de sus nudillos enrojecidos.

—¿Hola? —llamó.

«Joder. Joder.»

Comenzó a dar pasos tímidos a través de las puertas abiertas. Definitivamente habían sido arrancadas: los rieles de la parte inferior estaban vencidos, así que allí había pasado algo.

Algo.

Siguió avanzando hasta que pudo asomarse al interior del patio, dando pasos con cautela mientras miraba a uno y otro lado y llamaba repitiendo siempre lo mismo: «¿Hola? ¡Hola!». No había rastro de nadie, ni en el patio ni en ninguna de las torres de vigilancia. Lamentó entonces no haber traído algo de la furgoneta; la barra del gato hidráulico o el pasador de la puerta de atrás, algo que pudiera sentir en los puños cerrados. Porque si había terroristas... Coño, si había terroristas allí, iba a darles su 11-S particular. Mike se ensoñó con unos titulares fantasmales que comenzaron a danzar en su cabeza. EL PRESIDENTE RECIBE HOY AL HÉROE PATRIO MIKE HOLIC, EL SALVADOR DE LA BASE ORESTES.

Pero Mike llegó hasta una de las puertas de los edificios que rodeaban el patio y, cuando se atrevió a cruzar el umbral, encontró pasillos, despachos y salas de gestión administrativa totalmente vacías y con las luces encendidas. Algunos de los ordenadores estaban también encendidos, así como algunas lámparas de mesa. Estas seguían alumbrando unos documentos dispuestos como si alguien hubiese estado trabajando ahí hacía escasos minutos. Pero había algo más.

Mike estaba acostumbrado a las peleas en los bares, y en realidad, en más sitios de los que le hubiera gustado admitir. Parte de la diversión de

beber era terminar la noche partiéndole la cara a algún tipo, o regresar a casa exhausto y con el alma rota, y más sangre alrededor de la nariz de la que había dejado por el suelo de algún tugurio, la mayor parte de las veces a cien o ciento cincuenta kilómetros de casa, porque Hillsdale era un lugar pequeño para tanta camorra. Mike sabía de la sangre, conocía bien su gusto a cobre y su olor. Y allí, flotando en el ambiente de una manera indeciblemente sutil, olía a sangre. Venía deslizándose desde el fondo de los pasillos, y para alguien que no fuera Mike, habría pasado inadvertida.

Para ser justos con Mike, aquella situación normalmente no le hubiese asustado tanto como lo hizo aquella mañana de diciembre. Se habría enfrentado a un puñado de terroristas si hubiera sabido que estaban agazapados y escondidos en alguna parte y les habría dado de hostias, como le gustaba decir. Pero mezclada con el hedor orgánico de la sangre se intuía una sensación indescriptible que incluso alguien con menos sensibilidad que una farola, como Mike, pudo percibir muy claramente; una suerte de oscuridad tibia, penetrante y pegajosa como una lámina de sudor sobre la espalda tras conducir trescientos kilómetros al sol.

Y ya no se atrevió a ir más lejos.

Salió afuera, sacó el móvil y marcó con rapidez. La llamada no tardó en ser atendida.

—¿Hola? —dijo al aparato—. Oiga, le llamo desde la base Orestes. Sí, la base Orestes. Estoy en la puerta, pero... pero veré, es raro de cojones, pero es que no hay nadie. ¿Cómo? Mike Holic, joder, de Suministros Sally. Estamos..., sí, estamos registrados, puede comprobarlo. Oiga, ¿no entiende lo que le digo? Le digo que no hay nadie. No, ni dentro ni fuera ni en ninguna parte. La base Orestes está vacía. ¡Vacía, joder! Y oiga, aquí pasa algo malo.... Se lo juro. —Y con la voz contrita por el miedo, terminó diciendo—: Se lo juro por lo que más quiero.

El oso desvaído del lateral de la furgoneta, vestido con una sonrisa eterna, pareció guiñarle un ojo.

3

El X-Wing surcaba los cielos de la calle Chadwick, y Jimmy Sammers era su piloto.

—¡Azul dos informando! —exclamó a la soleada mañana del sábado—. ¡Reconocimiento completado! ¡Vuelvo al Punto de Encuentro!

Describió un giro cerrado, inclinando las alas para que el viraje fuese más cerrado, y regresó sobre sus pasos, corriendo por la calle casi desierta mientras imitaba el sonido de la propulsión de sus motores con los labios apretados. El X-Wing era fantástico: uno de los últimos modelos de LEGO, naturalmente, personalizado por él. El plástico nuevo brillaba como lo que era, un juguete para niños, pero Jimmy tenía un buen truco para que pareciera una fatigada nave de la Alianza Rebelde: lo hacía pasar por un baño de polvo y tierra, en ocasiones acompañado de algo de agua, para que pareciera surgido de un sinfín de batallas.

Estaba a punto de hacer que aterrizase en el suelo cuando el X-Wing empezó a tronar por sí mismo.

Jimmy miró perplejo el juguete de plástico hasta que comprendió que el sonido no provenía de él, sino de algún punto encima suyo. Las copas de los árboles se estremecieron y empezaron a agitarse para revelar lo que las movía: un fantástico helicóptero de color verde militar con unas aspas realmente grandes.

—¡Guau! —soltó Jimmy dando saltos en el aire.

El helicóptero pasó sobre su cabeza a una velocidad vertiginosa y no tardó en desaparecer, perdiéndose por encima de la casa de los Waters, con el sonido de sus dobles motores produciéndole vibraciones en el pecho.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Eso sí que es cojon...!

En el último movimiento, el X-Wing saltó literalmente de su mano y cayó al suelo, separándose en pequeñas piezas.

—¡Oh, no! —protestó Jimmy.

No se había roto; solo se había desmontado. Era la gran virtud y la maldición de los juguetes de LEGO. Solo tenía que llevarlo a casa y volver a ensamblarlo siguiendo las instrucciones, lo cual, por otro lado, era parte de la diversión. Pero había esperado poder montar una escena en la calle, utilizando algunas figuras que llevaba en el bolsillo del chaleco de fotógrafo que su tía le había regalado por su cumpleaños, y ver si esa mañana ganaban los rebeldes o los imperiales.

Pero el helicóptero... ¡Oh, el helicóptero había sido fantástico! Jimmy coleccionaba naves y figuras de *Star Wars*, pero también era un gran entusiasta de gran parte de la parafernalia militar, en especial la de la segunda guerra mundial. Tenía un montón de soldados americanos y nazis, la mayoría personalizados por él. A veces recurría a trucos como usar la rejilla de un pequeño tul para simular el entramado de

mallá de los cascos del bando americano, la cual recortaba con un cúter y pegaba con exquisito cuidado. Otras veces utilizaba piezas inusuales como el capó de un coche pequeño, que hacía las veces de macuto a la espalda cuando lo colocaba de manera adecuada. Ni sabía cuántos dólares había gastado haciendo pedidos modestos a proveedores seleccionados para adquirir armas de plástico que parecían «de verdad», y cosas como minúsculos sacos de arena para construir barricadas.

Después de recoger todos los trozos y distribuir los más pequeños por los bolsillos, miró al cielo esperanzado. En las películas, los helicópteros militares rara vez iban solos, siempre tenían al menos un compañero, pero el cielo azul cargado de nubes bajas, esponjosas y blancas en el horizonte no traía nada más. ¿Qué hacía un helicóptero militar sobrevolando Hillsdale un sábado por la mañana, y a tan escasa altura? A lo mejor estaba haciendo unas maniobras, o quizá se dirigía a la base militar al noroeste. ¡La base militar! Solo Dios sabía cuánto le hubiera gustado a Jimmy visitarla, al menos una vez. La había sobrevolado usando internet y el servicio de mapas aéreos de Google diez o veinte veces, pero no había nada parecido a excursiones programadas para escolares, ni para nadie, en ningún caso.

Estaba pensando en eso cuando su móvil empezó a sonar. La pantalla anunció CASA, pero eso él ya lo sabía. Era un teléfono solo para sus padres, para que supieran que estaba bien y para llamarlo cuando les diera la gana. Ni siquiera le estaba permitido compartirlo con sus amigos. «¿Y si comunica cuando intento llamarte, Jim? —decía su madre—. ¿Quieres que me muera de preocupación?» Jimmy sospechaba que mamá lo tenía asociado a su terminal y que podía saber dónde estaba en todo momento, pero a sus trece años no servía de mucho protestar.

Ni siquiera tuvo tiempo de decir «¡Hola, mamá!». La voz al otro lado gritó:

—JIMMY, VUELVE A CASA INMEDIATAMENTE.

4

La noticia del asesinato del *sheriff* Peter Buchanan estaba armando un pequeño revuelo en Hillsdale. Había, desde luego, algunos crímenes de vez en cuando, pero solían confinarse a las zonas más deprimidas de la ciudad. A nadie le importaba si alguien le daba una paliza a un vaga-

bundo hasta quitarle la vida, o si dos tipos que alquilaban habitaciones en los tugurios del sur se partían el alma en una noche de borrachera. Esas cosas pasaban, pero no tenían mucho que ver con la vida encaquetada de clase media-alta de la población sensible de Hillsdale. Pero Peter era el *sheriff*; llevaba casi dos décadas al servicio de la comunidad, y había un par de cosas que hicieron que todo el mundo diera un respingo en la mesa del desayuno al leer la noticia en sus *tablets* y teléfonos móviles. Peter había sido encontrado dentro de su coche con una desagradable y aparatosa herida en el cuello, con sangre dentro y fuera del vehículo, y había ocurrido en plena avenida Demarest, en la zona de Buena Vista. Era un barrio residencial acomodado, no muy diferente de muchas otras calles donde los buenos vecinos de Hillsdale llevaban vidas tranquilas, pagaban sus impuestos y votaban cuando había que hacerlo.

La otra cosa era que la policía no tenía ni idea de lo que había pasado ni de quién era el culpable.

La oficina del *sheriff* hervía de llamadas. Todo el mundo quería saber qué pasaba, o qué había sucedido, y exigían que se diera una solución al asunto. «Nuestros hijos juegan en la calle», decían unos. «¿Cómo vamos a dormir tranquilos?», preguntaban otros. «¡Exijo que el *sheriff* dimita!», gritó uno al teléfono.

—¿Es que no lo entiende? —respondió el agente especial Tifford, ceñudo—. Es al propio *sheriff* a quien han asesinado, ¿cómo quiere que dimita?

—¡Bueno! —dijo la voz—. ¡Pero alguien tendrá que dimitir!

Tifford colgó el teléfono sin añadir nada más. Solo había contestado al teléfono un par de decenas de veces y ya le dolía la cabeza.

—Tifford —dijo un compañero desde otra mesa—. Te necesitan en la escena.

—¿A mí? —preguntó—. ¿Para qué narices...?

—Los detectives van a retrasarse un poco más, parece.

—¿Cómo que un poco más? ¿Cuánto tiempo necesitan para desplazar a alguien hasta aquí?

—Bueno, es por lo de Orestes, ya sabes.

Sabía, sí. No solo tenían el caso de Peter sobre la mesa, caliente y hediondo como una deposición de tres kilos de un perro enfermo, sino que además estaba el asunto de la base Orestes. Apenas podía creerlo cuando le informaron esa misma mañana, dos horas antes de su ingreso al servicio habitual. «La base está vacía», le dijeron. «¿Cómo que

vacía?», preguntó con los ojos todavía pegados por el sueño. «Vacía, joder. La puta base está más vacía que el Walmart el día de Navidad.»

Vacía, y un carajo. Era una base grande que a veces les jodía el día y la semana con transportes lentos y pesados que los obligaban a cerrar carreteras y desviar el tráfico, y a veces les fastidiaba las radios cuando los técnicos decidían jugar con su tecnología de mierda. Cuánto personal había allí asignado, no lo sabía, pero dudaba que fueran menos de un millar en todo momento, como si Nueva Jersey lindara al este con Vietnam y al sur con la Unión Soviética, o quienquiera que fuera el jodido enemigo esos días.

—¿No iban a encargarse los militares de eso?

—Tifford, coño —refunfuñó su compañero—. Todo el mundo está encargándose de eso. Tengo un enlace del FBI viajando hacia aquí en estos momentos y un par de tipos del gobierno que no sé ni de qué carajo de agencia son. Y me han pedido que vayas, ¿vale?, así que tómate una de tus pastillas si te duele la puta cabeza y deja de joderme.

Dicho eso, cogió el teléfono de nuevo y se zambulló en otra llamada airada.

Tifford suspiró, y pensó en pasarse por la farmacia antes o después de ir a Demarest. Iba a ser un día de mierda, y mucho se equivocaba o esa mierda iba a extenderse toda la semana también.

5

La policía local, que ofrecía servicios de soporte básicos a la oficina del *sheriff*, había acordonado la zona. Había agentes tomando fotos de cada guijarro tirado en el suelo, y otros que señalaban las manchas de sangre y tendían varas alargadas para hacer sus cálculos mentales y sus elucubraciones. Alrededor del cordón había curiosos, vecinos en su mayoría, que murmuraban afligidos con una sentida mano sobre el pecho, y los primeros periodistas que habían corrido hasta allí para tomar fotos y cuanta información pudieran obtener. A poco que un agente se les acercara, empezaban a asediarlo con preguntas.

Un pequeño equipo de policías iba preguntando puerta por puerta si habían visto u oído algo que les pudiera servir.

—Cualquier cosa, señora, aunque crea que no es importante —le decía el agente a una de las vecinas, todavía vestida con una elegante bata de color salmón—. Si oyó pasar un coche a alguna hora, díganos-

lo. ¿Vio algo sospechoso?, ¿ha oído algo que le parezca significativo en alguna parte, en el día de ayer o a lo largo de la semana pasada?

—Bueno..., ahora que lo dice... —respondió la señora, pensativa, con el pelo recogido bajo un sombrero de plástico—, puede que... sí, puede que oyera a la vecina de al lado, ya sabe, esa loca con el coche rojo, que estaba cansada de su marido.

—De su... ¿marido? —preguntó el agente.

—Sí. Creo que está liada con alguien de su oficina —añadió en tono confidencial—. Deberían investigarlo. Esas cosas acaban pudriendo el corazón de una nación, ¿sabe?

El agente miró a su compañero, levantó una ceja y suspiró.

—Bien. Eh... Gracias, señora. Tomaremos nota.

Estaban dándose la vuelta cuando la señora volvió a llamarlos.

—¿Van a darnos algún tipo de indemnización? —preguntó.

—¿Indemnización? No, no, señora...

—Oh. Qué pena —exclamó—. Deberían hacerlo, ¿sabe? Todo este asunto está haciéndonos sufrir mucho, y mi marido ha dicho que ahora nuestras casas valdrán menos.

—Lo dudo mucho, señora. No se preocupe. Buenos días.

—No sé qué tienen de buenos —contestó, y cerró la puerta.

—Jesús —susurró el policía—. Si tengo que interrogar a otra loca como esta me va a dar un pasmo.

—Hay cosas peores —dijo el agente—. Mira al pobre Peter.

—Joder. Es de locos —exclamó—. ¿Le has visto el cuello? John me ha pasado una foto, la hizo con el móvil antes de que llegaran los tipos importantes. Parece un puto bocado, eso es lo que parece.

—Coño, no seas morboso.

—No estoy diciendo nada, solo que a lo mejor estamos buscando a un asesino y tal vez nos enfrentamos a un animal...

—Un animal. Un animal que lo mordió y luego lo metió en el coche...

—Puede que se arrastrara dentro mientras aún pudo hacerlo.

El agente iba a decir algo cuando alguien llamó desde el otro lado de la vía. Hubo un pequeño revuelo en la calle.

—Aquí —dijo una de las oficiales—. ¿Ven?

Era apenas una gota, cerca de la puerta de entrada de una de las viviendas; un goterón del tamaño de un guisante. Pero si era lo que parecía, era la primera pista alejada de la escena que encontraban y podía conducir al asesino.

—Si no es sangre se parece mucho —dijo otro de los agentes—. Querremos fotos y muestras completas. Dos agentes armados aquí, a ambos lados, y otros dos en la parte de atrás.

El agente miró alrededor, pensativo.

—Allí veo flores aplastadas —continuó diciendo—. Deben de ser las primeras flores aplastadas que veo desde que salí de la oficina. Van hacia aquí, en esta dirección.

—Está claro —susurró la agente—. Deberíamos entrar ya. ¡Esto pinta bien!

—Sí —asintió el oficial—. Vamos. ¡Vamos, vamos!

En ese momento se produjo un pequeño alboroto cerca del coche de policía del *sheriff*, rodeado de carteles amarillos numerados y maletines del equipo de documentación de pruebas. Los chicos de la ambulancia, que se habían desplegado siguiendo el protocolo básico de actuación, echaron a correr hacia el coche.

—¿Qué coño pasa? —preguntó la mujer.

Alguien empezó a gritar.

—¡Es el *sheriff* Buchanan! —gritó alguien—. ¡Está vivo, joder! ¡Está vivo!

—¿Qué...?

—¿Cómo que está vivo?

—¡Vigilad la casa, joder! —dijo la mujer, nerviosa—. ¡No os mováis de aquí!

—Qué cagada, joder —se lamentó alguien—. ¿Quién coño dijo que estaba muerto? Nos van a empapelar por esto.

Peter Buchanan se sacudía como si estuviera conectado a un pequeño generador eléctrico. Los enfermeros intentaban sujetarlo y calmarlo mientras él se retorció, con la cara contraída por un rictus de dolor. Los músculos del cuello y los de los brazos estaban tensos, y terminaban en dos puños apretados. Su cuerpo subía y bajaba sacudido por espasmos descontrolados.

—¡Está ardiendo! —gritó uno de los enfermeros.

—¡Epilepsia con posible derrame cerebral! —exclamó otro—. ¡Diazepam, administradle diazepam IV!

—Por Dios, ¡llevadlo a la ambulancia!

—Peter... —decía un policía, sobrecogido por la visión de su compañero atravesado por el dolor—. Peter, por el amor de Dios, tranquilo...

Peter abrió los ojos un momento y, reuniendo todas sus fuerzas por espacio de unos segundos, abrió la boca y gritó:

—¡EL SOL! ¡EEL SOOOOL!

Poco después de que la ambulancia se hubiera marchado con la sirena a plena potencia, los policías llamaron a la puerta de la casa con dos golpes secos y contundentes. TOC, TOC. Si ya estaban nerviosos unos minutos antes, la visión de Peter Buchanan gritando de dolor les había doblado los niveles de adrenalina.

—Policía de Hillsdale. ¡Abran la puerta, por favor!

Esperaron, pero no demasiado.

Uno de los agentes alargó la mano y probó el picaporte de la puerta, que giró con facilidad. Estaba abierta.

Se miraron brevemente y asintieron.

—¡Policía de Hillsdale! —anunció la mujer—. ¡La puerta está abierta, vamos a entrar!

Empujó la puerta, que al abrirse reveló un espacioso recibidor, iluminado por la tenue luz que entraba de la calle. La primera impresión gritaba: bienestar. Elegantes muebles del catálogo de algún importador y refinadas molduras de escayola. Los agentes estaban ya calculando el número de puertas y accesos cuando la mujer descubrió algo que los demás pasaron por alto: un juguete infantil, una especie de piano con teclas de colores atado con una cuerda. Estaba ahí tirado, cerca de una de las paredes pulcramente pintadas de un elegante color crema, y pareció susurrarle directamente al fondo de su mente un único pensamiento, alto y claro como la llamada de una madre angustiada: «Por favor, que no haya ningún niño involucrado. Por favor, por favor, por favor».

—¡Policía de Hillsdale! —repitió otra voz.

La mujer pestañeó y, con los brazos extendidos, apuntó con su arma al suelo. Los policías empezaron a moverse dando pasos calculados pero resueltos, cubriendo las entradas. Allí estaba el salón, la cocina, el pasillo que llevaba al patio de atrás, un lujoso revistero dorado (¿quién leía revistas todavía?) y una amplia escalera que conducía, presumiblemente, a los dormitorios; tal vez a un pequeño despacho donde papá trasteaba con los papeles de vez en cuando, analizando complicados datos económicos en su ordenador de sobremesa o en un portátil ultraplano. Pero tanto el salón como esas habitaciones estaban vacíos.

Era quizá demasiado temprano para que la familia estuviera en la calle, pero resultaba extraño que aún siguieran dormidos. Sabía por experiencia que los niños pequeños abren los ojos con los primeros

rayos del sol (EEEL SOOOL, EEEEEEL SOOOOL) y arrastraban a papá y mamá fuera de la cama con una imperiosa necesidad de un *bibi* de leche caliente.

Sin que pudiera evitarlo, volvió a caer en una hilera de pensamientos urgentes y temerosos: «Por favor, por favor, por favor».

Miró a su compañero, que tenía un «no me gusta» grabado en la mirada. Y tenía razón. No le gustaba tampoco a ella. Pero aun así subieron, porque subir por la escalera de un sitio potencialmente hostil era su trabajo, aunque lo hicieron con un nudo en el estómago.

—Sonia —susurró su compañero—, dos por dos.

Sonia asintió. Era un pequeño código interno de actuación, así que levantó la mano con solo dos dedos extendidos y un par de compañeros comenzaron a seguirla por la escalera, con las pistolas desenfundadas, la mirada adusta y las mandíbulas apretadas.

Y sí, encontraron a mamá y a papá en su dormitorio, que estaba, como Sonia había predicho, junto a un despacho con papeles y un portátil ultraplano. Era un despacho bonito, con las paredes revestidas de madera y muchos estantes con libros lujosamente encuadernados. «El despacho de un abogado», pensó Sonia rápidamente, y no se equivocaba. Mamá estaba en la cama, con el cuello lleno de sangre y el nórdico, de un blanco impoluto, manchado de la misma sustancia. De su hermoso camión blanco con tintes perlados asomaba un pecho de un tono lechoso con un pezón del color de las almendras.

Papá, el abogado, estaba en el suelo, vestido con unos calzoncillos cortos de Calvin Klein, tumbado sobre su vientre. Ni siquiera acertaban a verle la cara. Su sangre también estaba esparcida por la moqueta. Le bastó un único movimiento de cabeza para confirmar que no había ninguna habitación más, así que por el momento, papá era solo el Abogado y ella... bueno, ella era ella. Pero agradeció no tener que enfrentarse a la espantosa visión de un bebé desmadejado en un rincón de la habitación. Otra vez.

El compañero se agachó con prudencia y puso un par de dedos en el cuello del Abogado. Después de unos instantes, negó con la cabeza: estaba muerto. Ella espío a la mujer con la cabeza inclinada. Su pecho se movía tanto como una montaña de diez trillones de toneladas, y sus ojos miraban secos al techo de la habitación; la boca se le había quedado abierta y parecía un pozo oscuro en mitad de la cara. Aun así, se acercó a ella y le tomó el pulso, esta vez en la muñeca, porque había demasiada sangre por todas partes. Nada, como suponía.

Los agentes se hicieron señas y comenzaron a registrar las habitaciones. El interior de las camas, el cuarto de baño en *suite*, un precioso arcón de madera del tamaño suficiente para ocultar a un hombre dentro, detrás de las puertas...

—Despejado —dijo alguien.

—Despejado —confirmó el resto.

—Jesús —dijo el compañero de Sonia—. ¿Qué tipo de mierda se ha estado tomando la gente esta noche?

Sonia se acercó la hombrera a la boca.

—Jacob, ¿posición?

La radio protestó con un sonido eléctrico.

—Nada aquí —dijo una voz que emergió del aparato—. Todo bien.

Sonia pensaba en el portátil ultraplano. Había intentado comprar uno el verano pasado, pero costaba algo más de mil cuatrocientos pepinos nucleares, como ella misma llamaba a los dólares americanos, y cuando se es poli sin demasiada antigüedad, ciertas cosas requieren una o dos vueltas antes de lanzarse. Pero estaba allí. Alguien había entrado, había asesinado a los ocupantes de la casa y había dejado el carísimo aparato exactamente en su sitio, perfectamente a la vista. Otro vistazo alrededor le bastó para encontrar una decena de cosas que tenían o podían tener valor: el móvil sobre la mesilla de noche; el reloj de él, grande y aparatoso; sobre la cómoda, un pequeño joyero que con seguridad seguía lleno. Hasta estaba convencida de que si hurgaba en los pantalones del Abogado encontraría la cartera con un par de cientos, sin tocar. El otro asunto era la naturaleza de los ataques: heridas en el cuello con abundante derramamiento de sangre, sin que se advirtiera ningún otro signo de violencia. Había sido rápido, desde luego. El Abogado tenía buenas piernas y mejores brazos, y estaba segura de que podía encargarse de cualquier chalado con un par de buenos puñetazos, pero a la vista estaba que no había tenido ninguna oportunidad. Reconstruyendo la escena en su mente podía imaginarla a ella, sentada en la cama, gritándole a su marido que hiciera algo, y él saltando para ponerse en pie. Dos mil horas de bicicleta y gimnasio en los últimos meses ¿y había durado cuánto, veinte segundos, tal vez? Había caído al suelo cuan largo era, con la sangre deslizándose por su torso de cuarentón sexi.

Sacudió la cabeza.

¿Qué relación podía tener aquello con la base Orestes y con el *sheriff*? «Esto —se dijo entonces—, es un bonito puzle. Olvídate de las clases de pilates por una o dos semanas, cariño.»

—Bien, pues...

El Abogado se sacudió; un espasmo breve pero visible. Los hombres dieron un respingo.

—Maldita sea —soltó Sonia recurriendo a la radio—. ¡Equipo médico a domicilio, equipo médico a domicilio, tenemos un herido grave!

—Copio —respondió una voz en la radio.

—Joder, chicos —dijo uno de los agentes, pálido como una telaraña—. ¿Dónde habéis aprendido a tomar el pulso?

Sonia y su compañero se miraron. Con el tiempo, ella había aprendido a leer su expresión, y él la de ella, y supo qué entendían tanto uno como el otro de toda esa situación. Recordó a Peter regresando inesperadamente a la vida en mitad de la calle y lanzó un bufido. Allí se estaba cocinando una sopa de mierda de primera, señoras y señores, o ella se llamaba Bob y jugaba al fútbol de puta pena.

7

Tifford llegó a la escena cuando sacaban al Abogado y a su mujer de la casa, ambos tendidos en camillas. Sonia sabía cuántas camillas de esas había en todo el condado: exactamente veinte, y mientras escudriñaba el resto de las casas, rogó para que no tuvieran que hacer venir ambulancias de otros distritos, aunque solo fuera por las camillas. Rogó mucho.

—¿Qué hay, Tifford? —preguntó—. Has tardado mucho.

—Joder —exclamó Tifford—. He tenido que escaparme de la comisaría, coño. ¡Todo el mundo se ha vuelto loco!

—¿A qué te referes?

—¡A las llamadas! Y cada vez hay más. La gente empieza a salir de sus casas, ¡y descubren cosas, joder!

—No te entiendo...

—¿Has apagado la radio, joder? —gruñó Tifford.

Sonia distinguió a dos agentes corriendo a su coche patrulla. Otro respondía a la radio con la mirada ceñuda. De repente eran como hormigas que, cuando empieza a llover, se apresuran a corretear por los túneles de sus hormigueros intentando poner los huevos a salvo.

Una sensación de urgencia y peligro comenzó a encenderse en su interior, llenándolo todo de una luz roja.

—¿Qué pasa, Tifford? ¿Qué carajos pasa?

—Más bien qué es lo que no pasa —respondió—. Hay más víctimas, Sonia. En el viejo camino de Longridge, en el campo de Harper, hay un par de coches abandonados con sus ocupantes desaparecidos, y agárrate los machos, uno es la señora Hannover, la del comité floral de los Juegos de Primavera. Lo más excitante que hace la señora Hannover es probar una nueva marca de café el día quince de cada mes, ¿te la imaginas desaparecida? ¡A cada poco que pasa llama alguien más! ¡Hay quien ha encontrado sangre suficiente para rellenar una vaca en mitad de la calle, y a eso le damos prioridad baja!

—Me estás tomando el pelo...

Tifford dedicó a Sonia una mirada torcida.

—Qué más quisiera, bombón —dijo—. Qué más quisiera.

8

Hillsdale tuvo una jornada como no se recordaba en toda la historia reciente del condado. Los coches patrulla aullaban por las calles, y de tanto en tanto, uno o dos helicópteros sobrevolaban la ciudad a una altura que, en cualquier otro momento, hubiera suscitado protestas entre los vecinos. Estos, sin embargo, se mantenían confinados en sus casas, atentos a las noticias que habían saltado a la televisión y ocupado casi todos los canales. Los cadáveres aparecían por todos lados a cada momento, y cuando no eran cadáveres, eran llamadas anunciando personas desaparecidas. Alguien podía acercarle a su vecino un trozo de tarta y descubrir que no estaba, un sábado por la mañana. «John no sale de casa un sábado por la mañana desde que los franceses cavaban trincheras en 1914 —decía alguien—. Y he mirado por la ventana y he visto su vitrina de béisbol hecha pedazos. ¡Su vitrina de béisbol, donde guarda la pelota de DiMaggio! ¡John se dejaría matar antes que permitir que eso ocurriera! “El día que mi vitrina se rompa, Ralph, será el día que me veas en el almacén comprando una nueva”, decía siempre. Le ha pasado algo, lo juro, pero en la comisaría nadie coge el puñetero teléfono. ¿Para qué pagamos nuestros impuestos? Esas cosas deberían estar automatizadas, ¡estamos en la era de internet, por el amor de Dios, ya va siendo hora de que Nueva Jersey entre en el siglo XXI!»

Antes del mediodía, las calles de Hillsdale se llenaron de coches federales de un color negro brillante y lustroso. Había hombres trajeados con expresiones neutras de perros de presa deambulando de un lado a otro.

Un par de horas más tarde llegaron camiones del ejército, dirigiéndose raudos por la 96 hacia la base Orestes. Eran vehículos monstruosos protegidos con cubiertas de lona que impedían ver su interior y sembraban de rumores e incertidumbre una situación ya de por sí demasiado estridente. Para cuando llegó la tarde, la atención se centraba en los asuntos de los militares. «Sabemos que ha pasado algo allí —le decía un vecino a la CNN—. Siempre es igual, ¿no?, quiero decir, es como en las películas: los militares la cagan en algo y somos nosotros, la población civil, quienes pagan sus cagadas con casi medio centenar de muertos. Deberían, no sé, hacer algo. Creía que nuestro ejército estaba aquí para defendernos.»

Para Sonia, las casualidades podían ponerte delante a una mujer con el mismo vestido que tú en mitad de una fiesta, pero ahí terminaban. Si el incidente de la base Orestes no tenía nada que ver con las muertes y desapariciones por toda Hillsdale, ella misma se pondría unas orejas de conejito y le haría el amor a Tifford Bane hasta que le saliera sangre por la nariz. Le bastaba con haber visto el mapa que habían desplegado en el edificio de la comisaría (el mismo que un agente del FBI había pedido retirar alegando un «ya nos ocupamos nosotros»). Casi todas las muertes y desapariciones trazaban un círculo perfecto que avanzaba hacia el sur desde la base Orestes, como si a alguno de sus veteranos de guerra se le hubiese ido la pinza y hubiera tenido una noche movidita con un recorrido que dejaba tras de sí un rastro de heridas en el cuello.

Porque esa era otra.

Todas las víctimas presentaban heridas en el cuello.

Y agárrate los machos, como decía Tifford: todos parecían muertos y tiesos como un leño hasta que, unas horas después, sufrían severos espasmos que conducían, en todos los casos, al coma.

No iba a ser una semana de mierda; Sonia estaba segura de que iba a ser todo un mes.

9

Jimmy miraba por la ventana. El atardecer, en diciembre, traía figuras rosas enmarcadas en un precioso azul suave, y el espectáculo era cuando menos inspirador. Era la calle de siempre, naturalmente (la que se veía desde el salón de su casa, por cierto), pero ese día estaba diferente, o al menos se

percibía diferente. Era un barrio con una población madura y pocos vecinos jóvenes, aún menos con niños, así que no había mucho que ver más que casas caras y una hermosa ristra de árboles de cierta edad que exhibían copas exuberantes. Jimmy, que solo tenía trece años, no solía prestar atención a cosas como los paisajes que se disfrutaban a través de las ventanas, de todas maneras; era un *hobby* más propio de señoras mayores, por lo general más fisgonas de lo que deberían. Pero ese día había sirenas de policía ululando a lo lejos, y gente que llegaba de alguna parte en coche, aparcaba con visible premura y se metía en su casa a toda velocidad como si los persiguiera el mismo diablo. Estaban pasando cosas, ¡se habían producido asesinatos!, y había desaparecido gente. La ciudad estaba llena de policías, coches particulares equipados con sirenas y una luz en el techo, y hasta camiones del ejército. A mediodía llamó la tía Emma y le contó a su madre, envuelta en un llanto descontrolado, que el tío Danny no había vuelto aún de su reparto nocturno y que en la distribuidora no sabían dónde estaba, pero confiaban por su bien que devolviera el camión antes de que cayese la noche.

—¡Aléjate de la ventana, Jimmy! —gritó la abuela de repente desde su butaca, sacándolo de sus reflexiones.

—¿Qué? —preguntó Jimmy, confuso. En su vida le habían prohibido un buen montón de cosas, pero alejarse de la ventana era algo nuevo.

—Aléjate, muchacho. ¡Aléjate te digo!

—Pero... ¿por qué, abuela?

—Porque son tiempos oscuros, que ocurren de vez en cuando, y luego todo cambia. ¡Y porque cae la noche, y de noche todo es peor! Por eso.

Jimmy puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, abuela —asintió con cierta languidez. Estaba claro que eran cosas de abuelas y gente mayor, que a veces se enredan con miedos extraños y hacen cosas raras como echar vinagre en un trapo para aliviar la fiebre. Jimmy había nacido en una época en la que se desestimaban de manera sistemática esos remedios; existían los fármacos, por el amor de Dios (¡NUEVO FIEBRINATOR: *SAYONARA, JAQUECA!*), en venta en todas las gasolineras y grandes superficies. El propio Jimmy había olvidado que su madre aún cortaba cebollas en pequeños cuadrados para aliviar la tos nocturna cuando era pequeño.

Se dejó caer en el sofá y empezó a ver la televisión, pero su padre hablaba por teléfono usando un tono de voz mucho más alto de lo normal, y además de oír poco o nada, tampoco es que pusieran nada interesante.

La abuela tenía la posesión y hegemonía del mando a distancia, y a poco que la familia se descuidase, ponía el canal Clásicos para ver películas, casi siempre en blanco y negro.

«De noche todo es peor, Jimmy», decía la abuela en el fondo de su mente.

Una vez vio un documental sobre la memoria genética, en el que se sostenía que había un legado en los genes humanos producto de la fricción del hombre contra el tiempo. En los primeros días de la historia de la humanidad, la noche era todavía algo a lo que tener miedo, porque era el momento en que los depredadores abandonaban sus cubiles y merodeaban entre los árboles, sobre y bajo las colinas, buscando una presa a la que dar caza, despedazar y devorar. La noche era tradicionalmente, además, el momento en el que el hombre se retiraba a dormir, así que el cuerpo se acostumbró a establecer esa etapa del día como un periodo de descanso, y las defensas naturales del organismo hibernaban por unas horas. Sí, la noche era algo, o eso le parecía, y desdeñar su influjo era ignorar gran parte de la historia de la supervivencia del hombre, y de cómo había conseguido dominar y vencer su entorno. Pero alejarse de las ventanas... Eso era otra cosa.

Subió a su habitación. De todas maneras era hora de que la casa declarase cumplido el día y todos se retiraran para descansar por mucho que al día siguiente fuese domingo. Mamá había dicho que irían a tomar rosbif al English Garden del centro comercial, pero empezaba a sospechar que el plan sería cancelado y que él tendría que conformarse con quedarse en casa y entretenerse con sus naves espaciales.

Jimmy se dejó caer en la cama.

«Mordiscos en el cuello —se dijo—. ¡Vaya!»

Jimmy pensó en vampiros. La idea de que hubiera vampiros en Hillsdale, Nueva Jersey, le hizo sonreír. Se imaginó ayudando a su padre a tender ristras de ajos en la puerta de casa mientras su madre ayudaba al reverendo Constantino a consagrar agua y estacas de madera, y de una manera extraña, eso le pareció excitante. Pensó en ver algo de vampiros. Tal vez se pusiera una de las películas de la saga *Blade* antes de dormir; no eran sus favoritas, pero de vez en cuando le apetecía ver catanas, sangre y colmillos.

Pero se quedó dormido sin darse cuenta, tumbado sobre la cama, que tenía un póster sobre el cabezal en el que unos soldados clon de la 212 a cargo del general Kenobi avanzaban en medio de una espesa neblina de guerra.

Y mientras, fuera, Hillsdale cambiaba para siempre.

El sol declinaba ya sobre Hillsdale, ofreciendo unos últimos destellos ígneos sobre las copas de los árboles. En la plaza Veermin, la orgullosa torre de la iglesia, que se elevaba por encima de los edificios residenciales adyacentes, parecía tocada por un designio divino, aún embebida en tonos cobrizos y dorados, con la campana de cobre reluciendo, prístina, mientras la ciudad se anegaba en lagunas de oscuridad solamente atenuada por las farolas emplazadas aquí y allí.

En el colegio George Washington, ubicado a unas pocas calles de distancia, los sótanos despertaban puntuales a la llegada de la noche. Cosas escondidas entre las cajas almacenadas y las viejas mesas y sillas de la última renovación abrían los ojos amarillentos y se movían, como desesperándose, afectados por una agónica parsimonia. Algo cayó al suelo en alguna parte, y algo más lanzó un grito que arrancó grave y profundo para convertirse en un aullido estridente. Y los demás respondieron.

Escenas similares ocurrieron a la vez en otros lugares: en el almacén de George Edde, situado a tres kilómetros de ninguna parte, junto a los sembrados que el viejo George llevaba explotando desde hacía doce años. Allí, varios soldados y dos técnicos de operaciones tácticas se habían pasado el día respirando agitadamente, envueltos en fardos de heno y dormitando, de alguna manera, ocultos del sol que brillaba con fuerza en el exterior. En la sala de entrega de mercancías del Superstore que estaba cerca de la estación; en el edificio abandonado de la vieja central de Correos; en casa de Benjamin Rathcliff, bajo las camas, y en el interior de los armarios, y también en la sala de calderas del Abogado que murió en el suelo vestido únicamente con sus calzoncillos de Calvin Klein y que la policía, ocupada con mil quehaceres y emergencias durante el día, exploró de manera muy superficial. Pero allí, detrás de unos botes de pintura de color crema y veinte kilos de detergente en polvo para lavadoras, dormían los hombres que habían asesinado a Peter Buchanan no hacía ni veinticuatro horas.

Y también en los sótanos secretos y restringidos de la base Orestes, por supuesto, unos sótanos que solamente el personal altamente cualificado conocía y cuyo acceso no era evidente para casi nadie. Los mismos sótanos que habían conocido el terror y la violencia desmedida demasiado recientemente y donde una maraña de hombres y mujeres que conformaban una alfombra de cuerpos, confundidos unos

con otros, abrían las bocas anhelantes como profiriendo un repentino suspiro desesperado. Allí abrió los ojos una mujer que había conocido los albores de la civilización, había escapado a duras penas de la violencia iracunda del volcán de Pompeya y asistido con gesto iracundo al ascenso y caída de Jesús de Nazaret. Había visto todas esas cosas y muchas otras, hasta que la encerraron y la obligaron a dormir en un lecho de obsidiana con engaños y traición. Y al abrir los ojos, se incorporó sin esfuerzo visible mientras el resto de los cuerpos a su alrededor, todos de hombres y mujeres que hasta hacía poco tenían hipotecas, pasiones, deseos y sentimientos triviales y mundanos, se desplegaban como lo haría una araña en su tela al sentir la vibración de una presa, los brazos y las piernas extendiéndose con parsimonia. Y la miraban y sentían una veneración imposible esperando su señal.

Y ella, que había tenido una plétora de nombres en mil y una épocas y lugares diferentes, levantó la mano.

En todas partes, en el almacén de George Edde, en el viejo edificio abandonado de Correos, en todas partes... su nuevo ejército gritó a la vez.

11

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gretel Malorie mientras se incorporaba en la cama.

—Jesús —contestó su marido, resoplando ligeramente—. Parecía un... un perro herido, tal vez.

—He tenido perros toda mi vida, Frank. Los he visto nacer y los he visto morir, y jamás he tenido un solo animal que sonase como eso.

Frank asintió

—Vaya —dijo—. Ahora me estoy asustando.

—Porque eres un cagón y un pusilánime. Por eso.

Retiró las mantas y extendió las piernas para salir de la cama.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—Voy al bar de Nancy a tomar un tequila y unas tiras de pollo. ¡Voy a ver qué narices pasa, idiota! Al final, mucha cerveza y mucho «bla, bla, yo soy el hombre», pero siempre tengo que ser yo la que haga estas cosas.

—No deberías salir, Gretel —protestó Frank—. Están pasando muchas cosas. Deberíamos llamar a la policía.

Índice

| | |
|--|-----|
| Rojos | 11 |
| Medusa | 51 |
| La tercera noche | 93 |
| Elexia | 129 |
| Jared | 143 |
| Están llegando | 185 |
| Cosas raras | 227 |
| La mentira de la felicidad | 249 |
| <i>Semper fi</i> | 281 |
| Nancy Doce | 327 |
| Adivina quién viene a cenar esta noche | 363 |
| Las vacas y el matadero | 383 |
| Desatado | 429 |
| Fuego sobre y bajo el tejado | 455 |
| El que hace dos de nueve | 499 |
| Alkibiades | 537 |